

# LA POESIA VIVA EN ESPAÑA

Por ENRIQUE AZCOAGA

**D**ESDE 1939 a la fecha, han aparecido en España tres antologías, tratando de conseguir un rostro determinado a la lírica presente. César González Ruano primero, Federico Carlos Sainz de Robles más tarde y Alfonso Moreno últimamente, pretendieron, con criterios distintos, mostrar desde la plataforma divulgatoria que toda antología, en último extremo, supone el concierto de las voces más o menos granadas de la poesía actual. El descontento, que es flor poética por excelencia, ha recompensado estos esfuerzos, con un entusiasmo negativo digno de mejor causa. Los poetas iniciales, que son, como es lógico, los más exigentes, han estado confeccionando listas justicieras, en las que no cabían sino una docena de voces —incluída la del antólogo de turno—, como es natural. La revista *España*, que cumple actualmente en León el número cuarenta de su existencia, terció

en la lid con bizarría. Y anunciando que en su selección iban a caber muy escasas voces, concluyó en unas cuantas entregas su antológica faena, al poblar su paraíso lírico con cuarenta y ocho poetas, que por orden alfabético han sido:

*Aleixandre, Alonso Alcalde, Alonso (Dámaso), Anglada, Azcoaga, Benítez Calros, Blasco (Ricardo Juan), Bleiberg, Bousoño, Cano, Celaya, Cernuda, Cirlot, Conde (Carmen), Cremer, Diego (Gerardo), Entrambasaguas, Gaos (Vicente), García Nieto, González (Fernando), Guillén (Jorge), Hernández (Miguel), Hierro, Hidalgo (José Luis), Lezcano (Pedro), Luis (Leopoldo de), Maruri, Manuel Gil (Ildefonso), Montesinos, Morales, Moreno (Alfonso), Nora, Panero (Leopoldo), Pemán, Pérez Clotet, Ridruejo, Rodríguez Spiteri, Romero Murube, Ros (Félix), Rosales (Luis), Ruiz Peña, Salinas (Pedro), Segalá, Souvirón (José María), Suárez Carreño, Valverde (José María), Vivanco (Luis Felipe) y Concha Zardoya.*

No escribimos estas líneas para valorar antologías, y, por tanto, lo único que nos cumple es señalar que la reseñada constituye hasta ahora el postrer esfuerzo realizado en este sentido. La revista *España* quiso en ese quehacer considerarse como *vigentes* a los reunidos en su selección particularísima, negando la gloria temporal que las antologías suponen a todos los que no cupieron especial. Sin embargo, aunque partamos de su tarea para sintetizar de alguna manera la complejidad de la poesía viva española, se hace necesario destacar como referencias los «testamentos compuestos», por los que pudiéramos llamar «poetas suficientemente valorados» en más o en menos. Para habérselas con las tres «levas» poéticas que actualmente convierten en algo bastante palpitante el mundo poético español.



Señalemos de pasada, y como componedores indiscutibles de los Pirineos poéticos, a Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, León Felipe y Tomás Morales, llegando hasta Villalón, Canedo y Mesa. Justo es reconocer que el estamento representado fundamentalmente por Lorca, Alberti, Guillén, Salinas, Dámaso Alonso, Espina, Gerardo Diego y Moreno Villa significa, con Adriano del Valle, Domenchina, etc., etc., algo muy concreto y bastante definido en la poesía española actual. Se reúnen en la tercera ola de poetas como Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Quiroga Pla, Leopoldo Eulogio Palacios, Juan Gil Albert, Pedro Garfias, Romero Murube, Pemán, José María Alfaro, Carmen Conde, Rosa Chacel, Antonio Oliver, Agustín Foxá, etc., etc., si no nos imponemos demasiada precisión cronológica, y no citando —porque aquí no pretendemos una justicia nominal— poetas solitarios como Bastera, Sánchez Mazas y otros. Componiéndose con estos tres estamentos —y con una gran cantidad de voces que no traemos aquí (que esto quede muy claro) para no hacer nuestra enumeración infinita— lo que de una manera más bien tosca puede llamarse *veteranía de la poesía contemporánea española*.

Las quintas en servicio —con tantos nombres pertenecientes a los tres estamentos aludidos— se inician con la *leva puente*, con el apartado que comprendemos con poetas que rompieron a cantar antes de la guerra civil española. Es necesario —sin valorar, naturalmente, a los poetas que embuchamos en ella— registrar los nombres de Miguel Hernández, Rosales, Bleiberg, Panero (Leopoldo y Juan), Dionisio Ridruejo, Muñoz Rojas, Dolores Catarineu, Arturo Serrano Plaja, Herrera Petere, Félix Ros, Muelas, Vivanco, José Luis

Cano, Dictinio del Castillo, Spiteri, Ruiz Peña, Argimiro Aragón, Pérez Clotet, Juan Bernier, Alejandro Gaos, Díez Crespo, Ildefonso Manuel Gil, Alfonsa de la Torre, Alcaide Sánchez, Sierra, Novoa Gil, Martínez Barbeito; el vasto grupo de *Gaceta de Arte* en Tenerife (Westerdhal, Cabrera, Albelo), del que se deriva el actual grupo de *Mensaje*; Feliciano Rolán, Julio Castro y José Ramón Santeiro, entre muchos más. Los mejores de estos poetas suponen indudablemente en nuestros días el alfa de lo que pudiéramos llamar «promoción actual». Unos dieron lo mejor de su acento antes de la guerra y actualmente lo continúan, lo mejoran o lo degradan. Otros apuntaron solamente entre los años 33 y 36 con obra o poemas sueltos y encuentran en nuestro momento el tono más importante de su voz. Ahora bien; es de justicia proclamar que las otras dos levas de la poesía viva española cuentan con poetas tan interesantes por lo menos como los más interesantes de este grupo por nosotros compuesto. Ya que la posibilidad de muchos que históricamente les siguen anuncia realidades —cuando no las proclama— de un indudable interés.

Los poetas nuevos, es decir, aquellos que llegan a nuestro conocimiento después del año 39, son en principio José García Nieto, Vicente Gaos, José María Valverde, Manuel Alonso Alcalde, Alfonso Moreno, Bartolomé Mostaza, Pérez Valiente, Morales, Suárez Carreño, Rafael Romero, Jesús Juan Garcés, los hermanos Prado Nogueira, Cirlot, Pérez Creus, Rafael Montesinos, Diego Navarro, Ricardo Juan Blasco, Carlos Edmundo Ory, Montero Calvache, Santos Torroella, Valdivielso, Garciasol, Frutos, Alonso Gamo, Segalá, Remedios García de la Bárcena, Manuel Granell, Castroviejo, Mayáns, Agustí, Castro Villacañas, Pablo Cabañas, Alfredo de los Cobos, Blas de Otero, Delclaux, Fernando Gutiérrez, Díaz

Hierro, Cela, Angeles Escrivá, Eugenio Mediano, José Javier Aleixandre, Julio Garcés, Benjamín Arbeteta, Francisco Loredó, Pedro Lezcano, José Luis Hidalgo, Eugenio de Nora, Enrique Llovet, etc., etc.

Los poetas novísimos que integran la sexta leva poética, que nosotros perfilamos desde Juan Ramón Jiménez hasta nuestros días —suplicando se nos perdonen imprecisiones o situación de poetas un tanto arbitrarias—, cuenta con voces como la de José Hierro, Julio Maruri, Carlos Bousoño, Cano Pato, Crespo Leal, Doreste, Salomón, Fernán-Gómez, Sordo, Pilares, Angela Figuera, Pura Vázquez, Leopoldo de Luis, Manuel Arce, Bartolomé Lloréns, L. Rodríguez Alcalde, Agustín Millares, Eduardo Haro, Luis Landinez, Juan Guerrero Zamora, José Luis Gallego, Marcela Sánchez Coquillat, Antonio Zubiaurre, Arcadio Pardo, Ricardo Molina, Pablo García Baena, Julio Aumente, Susana March, Victoriano Cremer, Gabriel Celaya, José Albi, Gómez Nisa y López Gorgé.

Ahora bien; en el complejo tejido de la poesía presente los valores se cotizan entre poetas y aficionados de manera muy distinta. Teniendo en cuenta que las tendencias —llamémoslas ordenadoras— de la poesía española viva se refieren a tres: la neoclásica, la aferrada a las conquistas de la dicción más moderna y aquella otra que sin preocuparse demasiado de los medios expresivos atiende cada vez más al organismo humano y vivo de los poemas conseguidos, nos parecería no ya inútil, sino arriesgadísimo, señalar y concretar. Para aquellos que la llamada «poesía pura» —estamentos primero y segundo citados, con las imprescindibles excepciones— sutilizó su dicción a extremos imposibles, la retoricidad de los demasiado medidos resulta prodigiosa. Para quienes hartos

de los excesos de un neoclasicismo que arranca de los destacados poetas de la «leva puente», el envaramiento formal al que la métrica y la retórica condenan empalaga, se considera traición todo lo que no sea continuar personalmente los hallazgos expresivos que acaecen en literatura desde «los puros» a los surrealistas. No mentimos proclamando que quienes quizá se encuentran más en lo cierto son los defensores del tercer apartado, más amplio, más generoso, con menos decálogo, desde el momento que la poesía no puede considerarse valorable desde su aticidad expresiva —en este o en aquel sentido—, sino desde su impulso, desde su raíz inicial y necesaria. Pero nos parecería imperdonable —y bien sabe Dios que no por recurrir a una «cuquería», que siempre hemos evitado críticamente— destacar la media docena de poetas que en cada una de las tres quintas últimas suponen la verdad.

Después de dos o tres libros sin interés, existen algunos con un arranque impresionante. Al segundo o al tercero se nos descubren los retóricos o los desgalichados con que, gracias al desgalichamiento o al retoricismo utilizados, «fueron» a nuestros ojos con extraña intensidad. Encontramos, eso sí, que, colmada en nuestro sentido la tarea de Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Alberti, Guillén, Gerardo Diego, Cernuda, Prados, Aleixandre, entre los vivos, la poesía española presente se encuentra en un momento posible de enorme importancia. Si perdida en un grave peligro: el de la falta de una autocrítica rigurosa. Sin la que todos los manantiales frescos, posibles, determinados por un mensaje humano de clara importancia, pueden hacerse de cristal.

El defecto —y el tiempo ha sido buen maestro— de los «poetas puros», de todas aquellas voces que, oponiéndose a los retóricos superficiales, no sólo consiguieron para la poesía

una retórica contrastada y a la altura de los tiempos, sino que sus móviles determinantes resultaran más legítimos, fué la emulación expresiva. Hubo un tiempo en España —que puede delimitarse entre los años 27 al 34, por ejemplo— en que los destinos líricos más importantes de lo que más se preocuparon fué de no dejar de ser «modernos», como imponía la ocasión. Ya inmediatamente, cuando aparecen los poetas que integran la «leva puente», y con sus diferentes maneras los dos o tres senderos frecuentados por los poetas actuantes de nuestros días, lo «moderno» importaba menos. Porque en poesía lo determinante es que la forma totalice con temblor nada elocuente la verdad que lo logra. Y no que la misma, a la moderna, a la neoclásica o a la «antigua», multiplique y falsee la intensidad representativa del hombre puesto a cantar.

En reciente conferencia sobre Antonio Machado defendíamos que la única manera de trascender no es desde una humanidad menor, poco importante, y gracias a una forma cautivadora, por uno u otro sentido. Resumiendo tendencias y actitudes de su tiempo y del nuestro, conveníamos allí en que la impopularidad de la poesía, desde nuestro punto de vista, se debe a que los poetas son en muchas ocasiones témpanos humanos, desiertos cordiales, deseosos de encandilar a sus auditorios con un ardor retórico que tan mal se corresponde con esta frialdad y escasa importancia fundamental. Siempre que el cantor encuentra la justa adecuación entre su fuego y su llama, la poesía trasciende y alcanza su importante condición de semilla. Siempre que la forma no miente la savia de que está henchida, sino que la acerca al corazón atento, con sencillez y plenitud necesarias, la poesía —realizada por tantísimos caminos como la llegada a Roma—, es poesía de verdad. Quizá lo que más importe en las diferentes tenden-

cias de la actual poesía española es este deseo de ser poetas de verdad, totales, suficientes. Porque se ha descubierto, lo mismo en el ala retórica superficial que en la de la pureza expresiva más delirante, que una de las maneras más frecuentes de hacer poesía es «inventándosela»; inventando retóricamente —por muchos e infinitos caminos retóricos— una pobre sustancia viva sin necesidad de trascender. Los temas —el acento entrañable de los poetas— es lo que naturalmente importa. Pues bien: dado que dentro de la poesía pura sobre todo, la «invención poética» ha representado en tantas ocasiones a tontos integrales, nos encontramos en un momento dentro del que los poetas lo primero que intentan es descubrir en el natural florecimiento de sus versos la calidad legítima de su humana condición.

Como es lógico, si ayer, en el plano de la poesía pura, espíritus poco grandiosos pasaban por exquisitos y en cierta manera considerables, hoy, por ejemplo, lo mismo en la habilidad neoclásica que en el cultivo de una melodramática dicción poco depurada, se pretende, como es lógico, el gato por la liebre. Ayer, el peligro de la poesía estaba en «simular formalmente» un hontanar legítimo, una necesidad purísima, una singularidad extrema. Hoy, lo que topifica muchas veces las páginas de revista, como *Garcilaso*, *Acanto*, *Entregas de poesía*, *Espadaña*, *Halcón*, *Mensaje*, *Manantial*, *Numen*, *Pilar*, *Cántico*, *Verbo*, *Escorial*, *Corcel*, que son, con algunas que no recordamos, las revistas que, acabadas o en vigencia, recogieron y recogen la producción poética española, es una facilidad retórica de poca consistencia o un fluir expresivo, facilón y poco serio, utilizados como tónicos de la menguada canción. Sin embargo, descontando los poetas conseguidos y criticando a fondo —con adiciones y sustracciones inevita-



bles— la antología de *España*, el momento poético español cuenta con quince voces, por ejemplo, que no pueden desatenderse. Constituyendo las «fuerzas vivas» —nunca mejor dicho— de la poesía actual, de la poesía legítima, de la poesía que quiere superar con calor verdadero la antinomia planteada entre lo «nuevo» y lo «antiguo» en un momento que quizá la vida misma superó.

En tiempos de lo puro, las ramas lo suponían todo. En los momentos actuales, sólo quien es un tronco vivo, capaz de transmitir su equilibrado encendido en el llamear de sus ramas, supondrá algo importante en el concierto poético español. Como es lógico, la originalidad, el ingenio, todas las virtudes que consiguieron tanto en el terreno de lo puro, aunque, a la larga, supusieran su decadencia, importan en la actualidad menos. Puesto que lo que en poesía hoy nos importa es transmitir como novedad del corazón su logrado contenido, que es la única y legítima manera de convertir la «historia viva» en positiva canción.

ENRIQUE AZCOAGA

NOTA.—Aunque no puede ser de nuestra incumbencia el enjuiciamiento de la poesía catalana presente, no queremos dejar de enumerar, como hemos hecho al referirnos a la poesía castellana, los poetas que, después de Carner, Segarra, López Picó, Guerau de Liost, Leonart, Gassols, Esclasáns, Salvat Papasseit y Carlos Riba, integran la lista compuesta por Clementina Arderiu, J. V. Foix, María Manent, Tomás Garcés, Juan Oliver, Juan Llacuna, R. Suriñach Senties, Roselló-Porcel, Salvador Espriu, Juan Vinyoli, Juan Teixidor, José Romeu, José Palau Fabra, Juan Barat, Juan Perucho, Juan Triadú, Sánchez Juan, Jorge Sarsanedas, J. Ros Artigues, Jorge Cots, Luis Valeri, Alfonso i Orfila, Bernat Artola, Agustín Bartra, Boix y Selva, Bernat M. Saló, Forteza Pinya, Ber-

trán y Oriola, Folgueras, Domenech Perramón, J. M. Fabra, Juan Janer i Vinyes, José Janés i Olivé, Pere Quart, García Estragués y el poeta-pintor Gimeno Navarro. (Suplicando en esta ocasión con todas nuestras fuerzas se disculpe el desorden enumerativo, que no tiene otro interés que subrayar, en la medida de lo posible, la importancia de un concierto de voces, no sabemos por qué, desatendido en España.)

